



## **Semblanza de Mons. Elías Yanes**

Don Elías había nacido en la Villa de Mazo (Isla de la Palma, diócesis de Tenerife), el 16 de febrero de 1928. Fue ordenado sacerdote el 31 de mayo de 1952 en el Congreso Eucarístico de Barcelona. Durante casi 28 años (desde 1977 hasta 2005) fue arzobispo de Zaragoza, pastor bueno y prudente que el Señor puso al frente de nuestra Iglesia. Antes había ejercido el ministerio episcopal en Oviedo como obispo auxiliar.

Sus primeros años de episcopado coincidieron con el posconflicto y con la transición política en España. Aquellos tiempos exigían mucha lucidez para distinguir las voces de los ecos, y para ofrecer una palabra orientadora desde la misión pastoral de la Iglesia. Los pastores de entonces, entre ellos D. Elías, tuvieron clarividencia de maestros y seguridad de guías. Por eso son merecedores de nuestra sincera gratitud por el inmenso servicio que hicieron a la Iglesia y a la sociedad española en esos momentos.

D. Elías estuvo muy dedicado a las tareas de nuestra Conferencia Episcopal Española. Ocupó con generosa entrega, entre otros, los cargos de secretario general (1972-1977); presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza (1978-1987); y, sobre todo, presidente de la Conferencia Episcopal Española (1993-1999). Además, desempeñó durante ese mismo periodo el cargo de vicepresidente de la Comisión de Conferencias Episcopales de los Países de la Unión Europea (COMECE).

Es tiempo de agradecimiento, y una catequista nos comparte como su primer recuerdo se remonta a los años 80, cuando le escuchaba en alguna homilía suya en el Pilar. Tuvo la suerte de participar en las asambleas del Sínodo Diocesano de 1984-86. Primeros pasos de sinodalidad en la diócesis que desembocaron en las propuestas sinodales y en la constitución de los Consejos. En el trabajo pastoral que se inició entonces pudo descubrir a D. Elías como pastor, preocupado siempre por todos y cada uno de los que conocía y se acercaban a él. Hombre de Dios, hombre del Concilio Vaticano II y sabio. Maestro que bebía permanentemente de la Palabra y estudiaba sin descanso cualquier documento del magisterio, tratado de teología o ensayo. Sin olvidar la lectura de toda la prensa diaria. Preocupado por la conciliación y por suscitar el diálogo en cualquier foro en los que participaba. Había hecho síntesis de casi todo, siempre actualizada, por lo que no le costaba bajar permanentemente «al ruedo» de los medios. Él aconsejaba: hay que ir a los medios con un mensaje que comunicar y decirlo pregunten lo que pregunten.

Fue catequeta. Su amor por la catequesis se remontaba a la experiencia personal que había tenido de niño. Siempre que iba a su tierra le alegraba encontrarse con su catequista de infancia. Ya de sacerdote animó siempre la formación de los catequistas en diversas diócesis y dinamizó desde el secretariado de catequesis la puesta en marcha de una nueva catequesis. Su participación en los trabajos de la Asociación Española de Catequetas era siempre palabra de un maestro desde la sencillez, la lucidez y la cercanía.

Por los años 2000 puso en marcha un gran proyecto. Preocupado siempre de la formación del laicado y especialmente de la Acción Católica, congrega a unos 50 especialistas del mundo de la catequesis y del apostolado seglar para acometer el proyecto de un *Itinerario de Formación Cristiana para Adultos*. Siempre preocupado por la formación, siempre contando con todos aquellos que pueden trabajar en equipo, siempre «trabajando con», siempre potenciando a todos.

Su preocupación más honda era la espiritualidad. Así que ofreció unos encuentros primero, retiros después, de espiritualidad

trinitaria. Momentos de oración y de compartir la oración. Rezar juntos, desde cualquier modalidad: estudio de evangelio, *lectio*...; lo importante era suscitar el encuentro con Dios y compartirlo como comunidad.

Su lema episcopal, «No apagaré la mecha humeante», guiará su ministerio. Esfuerzo por conciliar, por escuchar, equilibrio para orientar y salvar a cada uno en las situaciones más complicadas, cuidando siempre el bien de las personas.

Agradecemos a Dios su obra en él y a través de él, y tenemos la certeza de que tenemos un intercesor en el cielo que va a seguir velando por su rebaño. La dirección está marcada, a nosotros nos toca seguir haciendo camino.